

Las paradojas de la modernización (1932-1992)

Joaquín Fernandois

Departamento de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile

MUNDO MODERNO Y MODERNIZACIÓN

Para comprender un tema como el de la modernización, creo necesario plantearlo dentro del contexto de la historia contemporánea.

En primer lugar, no se trata de definir si hemos llegado a un "punto de no retorno", o a un "take off" de la modernización. La modernización como problema se enfoca demasiado a menudo como un mero tránsito hacia el "desarrollo" económico. En cambio, aquí pretendo dar algunas ideas acerca de la relación de Chile con el mundo moderno y con sus ideales de realización. Ello supone la existencia del "mundo moderno" y la "modernización" como dos realidades claramente diferenciables para el observador, pero también totalmente interrelacionadas en el proceso histórico. Entonces el tema que se nos ha propuesto —¿es elusiva, en último término, la modernidad para Chile?— corresponde no a un problema de coyuntura, sino a la construcción misma de la sociedad y del Estado. De hecho, el tema de debate central en la historia del Chile republicano ha sido el de su relación con la modernidad y, para todos, aun para sus más enconados críticos, su modelo regulador (el que fija el ángulo de la crítica) ha estado en los modelos acerca del

orden social surgidos del "mundo moderno". No en balde Chile fue fundado por una sociedad que es parte de la gran tradición occidental, pero que no creó en su seno al mundo moderno, sino que también tuvo una relación dificultosa con su propia "modernización". De ahí la idea de que existe algo inauténtico en la mirada hacia los grandes paradigmas europeos, a pesar de que en esa mirada se encuentra lo más sustancial de la identidad del Estado y la sociedad, del país, en suma.

En segundo lugar, aunque no es el tema de este ensayo, debo precisar algunas connotaciones de las ideas de "mundo moderno" y "modernización", a partir de la perspectiva general que nos interesa, la de las ideas acerca de las cuales se movían las fuerzas políticas en Chile a partir de la Depresión, que es el período sobre el cual puedo hablar. De todos modos, tenemos como punto de referencia las ideas entregadas en la convocatoria del seminario, que destacan los procesos de democratización (que considero casi idénticos a los de "modernización") y de racionalización. Si hay algo a lo que los chilenos (y tantos pueblos de tantas latitudes) han rendido atención y hasta pleitesía, es la comprensión de lo moderno como lo "inevitable", como el mandato de la hora y del futuro, percibidos en

oscura unidad: y, al mismo tiempo, como "deseable", lo único deseable en realidad. Implícitamente, la mayoría de la veces se encuentra el convencimiento de que el proceso histórico en su desarrollo siempre trae una mejoría en el estado de la condición humana, y que a la vez no destruye sus logros sino que únicamente sus "yerros", entre otros motivos porque la racionalización es el compañero inevitable de la modernización. La ecuación "lo nuevo" = "lo bueno", con toda su tremenda carga ética, parece ser lo modular de esta comprensión de lo moderno. En este contexto hay que entender por "modernización" la voluntad de adentrarse en el mundo moderno; mientras este último es una situación, la modernización es el empeño por alcanzar el estatus de moderno en un proceso inacabable, desilusionante y a la vez siempre seductor.

Es cierto que a la modernidad (otro nombre para mundo moderno, aunque con una diferencia en la que aquí no me detendré) le ha pertenecido una actitud de autocrítica que ha puesto en la picota a "lo moderno". Pero esta línea ha tenido una presencia muy débil en Chile. La historia de las posturas políticas del Chile moderno que trataremos, a partir de los alrededores de 1930, es aquella de una identificación con una de las líneas básicas de la modernidad en particular, la que anuncia y aprecia "lo nuevo", para criticar o combatir desde allí a otras de sus representaciones. Aquí también se nos aparece un rasgo omnipresente en la historia de Chile, la marcada convencionalidad de su cultura. Por esto se debe entender la sensibilidad frente a las tendencias y modas de la política mundial. La política chilena es incomprensible sin este factor, y los chilenos han destacado en la capacidad de "innovar" rápidamente cuando surge un nuevo punto de orientación de las ideas acerca del orden social deseado. También es una de las formas de debilidad tradicional, tan satirizada por los críticos del país, lo que muchos entienden (a veces injustamente) como "extranjerismo", y que también arroja su cuota de dudas acerca de la permanencia del consenso actual. A la vez, en relativa paradoja, quizás por su condición insular, el país ha mostrado ocasionalmente un grado de originalidad que algunos testigos no sospechaban. Con todo, es importante ano-

tar la aceptación de lo moderno –a veces con una clave verbal formalmente distinta– como la meta irrenunciable.

Por último, no restrinjo lo político al Estado y sus instituciones, o a los meros actores en su afán de ocupar el "poder político". La comprensión de lo político que aquí planteo se extiende a las interpretaciones expresas o subyacentes acerca del orden social deseable, y que se encuentran en el debate público. De hecho, lo político no corresponde puramente a un juego de fuerza, o a un reflejo de grupos sociales. La legitimidad por la que pugnan sus actores está en relación con la percepción individual o colectiva que alimenta la toma de posiciones de hombres y grupos. En una época en la cual la política mundial hizo de gran parte del orbe su escenario de despliegue, la posición ante la historia como una marcha y una lección pasó a ser un elemento integral de la política de una gran mayoría de las sociedades.

Un país tan sensible al acontecer mundial como Chile no podía estar ausente de este hecho. Tras esto se muestra la interpretación de la historia subyacente a las alternativas discurridas y ofrecidas para configurar el futuro que se barajaron en la opinión pública en estos últimos sesenta años. ¿Cuál es el imperativo del momento, el mandato de la historia, la voz del futuro? ¿Hacia dónde vamos y a dónde debemos ir, casi siempre como dos caras de un mismo imperativo? Simultáneamente ello es consecuencia de una interpretación expresa o tácita del pasado inmediato y también del remoto pasado, ya sea como afirmación de una orden que emana del fondo de los siglos, o como reivindicación de las injusticias de la historia como consecuencia de su desarrollo.

¿ESTADO DE COMPROMISO?

La década de 1930 presenció la articulación de un espectro de argumentaciones que, además de presentar una llamativa coetaneidad con la política mundial, mantendría una estabilidad en el campo de fuerzas por espacio de treinta años. Esta composición, llamada por algunos el "Estado de compromiso", ha sido mirada más recientemente

con ojos nostálgicos como un idilio de mejoramiento y tolerancia. Visión algo deformada: olvida las odiosidades, los conflictos de clase, la corrupción, la guerrilla política y la sensación de fracaso nacional. Esta percepción era acompañada por su anverso, no del todo falso, sino que paralelo, acerca del caso excepcional en el continente, los "ingleses de América del Sur", la democracia que correspondía a la tradición nacional. El orgullo por la Corfo (prácticamente un artículo de fe en todo este período) coexistía con la conciencia de la extrema burocratización y de la parálisis administrativa del país; la idea acerca del respecto institucional de parte de las Fuerzas Armadas, con la tesis acerca de su inutilidad; la industrialización (no desdeñable), con una alta tasa de mortalidad infantil (hasta ca. 1950); la creciente urbanización, con un extremo centralismo (y el smog santiaguino, que aparece en la conciencia hacia la segunda mitad de los años 1950) y el estancamiento del agro; la fijación de un creciente número de precios, con una inflación desgastadora a partir de fines de la década de 1930; un éxito internacional en la proyección diplomática de Chile, junto a su congelada vulnerabilidad ante la dinámica economía internacional.

Sin embargo, la modernización en estos años se presentó sobre algunas bases universales compartidas. La importancia del rol del Estado y del "nacionalismo económico", consolidados por la depresión de comienzos de los 1930, pero no creados por ella, eran parte del convencimiento común de la clase política chilena, con muy escasas voces de disidencia. Es cierto que los sectores (que casi por convención llamamos) conservadores protestarían furiosamente contra la extensión burocráticamente opresiva del Estado, crítica de la cual no se privaban otros sectores, por lo demás. Pero los sectores económicamente dirigentes, cuyas creenciales de capacidad no podemos poner en duda, compartían el "consenso" de la necesidad del proteccionismo (variable según el caso), de la intervención del Estado y de la "industrialización". Ciertamente había mediados de la década de 1950 esto comenzaría a flaquear, pero hasta finales de la década de 1960 no sería sustancialmente puesto en duda ante una alternativa radical al modelo que la depresión y la cultura económica de los chilenos

habían impuesto casi cuarenta años antes.

La idea de ser ya modernos —que no nos debe extrañar— con una tradición tan insular como la muestra— convivía con una profunda desilusión de la incapacidad de llegar a la modernidad. ¿Insuficiencia de profundizar en las vías del nacionalismo económico, como lo sostenían los grupos de centro y las teorías que luego se llamarían "estructuralistas"? El resultado era una devastadora crítica a la real y mítica "oligarquía", sólo que ésta era más vasta que los residuos de un grupo dirigente tradicional, y desde luego más porosa a la recepción de grupos e individuos diferentes, siempre que muy chilenoamente se adaptaran a la convencionalidad necesaria.

Los formuladores de la legitimidad sobre lo existente (o sobre lo que debería venir) en los años 1930-50, por más que diferían a veces drásticamente sobre el futuro del país, mantenían sin embargo un acuerdo más o menos tácito sobre algunos de sus rasgos que habrían conformado su pasado. La visión sobre el carácter exitoso siglo diecinueve no era puesta en duda, ni siquiera en la izquierda. La "modernización" portaliana sería en todo este período una visión ampliamente compartida, así como la estructuración fronteriza del Estado nacional en ese siglo. También, ya apagados los últimos ecos de la ardorosa lucha por la guerra civil de 1891, el presidencialismo como agente "modernizador" era saludado casi unánimemente, como contraste del fracaso del parlamentarismo. Pero esto también pavimentaba la ruta hacia la vasta oleada de crítica que subsanaría en la décadas de 1950 y 1960 a toda posibilidad de liberalismo económico como inspiración modernizadora.

La última vez en que claramente se intentó una modernización en consonancia con las tendencias globalizadoras de la economía mundial se dio en los años 1920, simbolizados por la transformación del Estado durante el gobierno de Carlos Ibáñez y por la Misión Kemmerer. Pero ello no es idéntico a una confianza "liberal" en lo económico. Como la nueva investigación lo ha señalado, una suerte de intervención estatal y proteccionismo crecía en la clase política chilena. Más importante, la cultura política había integrado una noción colectiva que

se distanciaba de lo que creía un arenoso *laissez faire*. La Depresión, al cortar drástica y dramáticamente los lazos con la economía mundial, aunque fuere por un breve período, y al crear de *facto* un Estado interventor y proteccionista, sentó las bases económicas del "Estado del compromiso". La relación Estado-empresariado-grupo de interés (de capital o de gremios y sindicatos) sería característica de los años siguientes. Esto no impidió una relativa modernización, aumento del alfabetismo, (a partir de 1950) disminución de la mortalidad, crecimiento modesto, construcción de una infraestructura industrial. Tampoco hay que olvidar algunos activos políticos: bajo nivel de violencia, creciente organización gremial y sentimiento de participación; un cierto grado del todo despreciable de cultura cívica.

Pero falló en dos aspectos: el ritmo del crecimiento económico no permitía mantenerse en consonancia con el crecimiento de las expectativas (la sociedad de consumo es un fenómeno más abarcador que lo que actualmente se piensa) ni con la "real" posibilidad de crear una sociedad desarrollada. Además, el país, como en gran medida el resto de América Latina, no aprovechó —o lo hizo incompletamente— el extraordinaria dinamismo de la economía mundial de los primeros veinte años de la posguerra. Por el contrario, creció en la cultura económica de la opinión pública chilena una desconfianza que se hizo innata acerca de ese dinamismo. Y, a la vez, sus defensores perdieron la plasticidad, flexibilidad y seguridad en sí mismos como para haber hecho un equilibrio. Pero ello tiene otras explicaciones.

Al "Estado de compromiso" no sólo le era inherente un precario equilibrio que hacía muy difícil una reforma económica drástica. También empezó a padecer crecientemente de un contramodelo, de una suerte de utopía alternativa ante la cual era medida la realidad (por cierto menos rutilante) del mundo más acá de las utopías. Efectivamente, en los años 1930 se consolidó dentro del sistema político nacional lo que con precisión fue llamado una subcultura política marxista. Aunque no hay que mirarla como algo que ya en esa década fuera ni monolítico ni homogéneo, puso cada vez más énfasis en una radical transformación interna vin-

culada inexorablemente a una posición en el sistema internacional, principalmente en el sistema interamericano. De este modo, Chile pasaría a vivir plenamente los avatares de la política mundial en la era de las guerras mundiales y de la Guerra Fría. La lucha por la propia versión de lo que significaba modernizarse no fue en este sentido únicamente una imposición de las grandes potencias, de la Guerra Fría, del "imperialismo", de las "ideologías foráneas", como han rezado muchas explicaciones exitosas a nivel de conciencia colectiva. Por el contrario, no se entiende la política chilena si no se la mira también como parte de una política mundial ante la cual los actores nacionales toman posición de acuerdo a su propia percepción de los intereses.

Parte de este fenómeno es la aparición del marxismo, aunque el grado de su radicalización haya variado. Desde luego, su fortaleza estaba estrechamente relacionada con lo que se ha llamado el "eje socialista-comunista". Esto no se debe mirar como un mero problema de posición de actores políticos, sino como la suma de actitudes, valoraciones e impulsos —una cultura política, finalmente— que desde su ángulo se constituyó en un punto de referencia insoslayable de la sociedad. Aquí la "modernización" se situaba (tras algunos avatares en los años 1940) más allá del modelo salido de la historia occidental moderna. La historia de Chile —reconociendo algunos puntos favorables, como la temprana formación del Estado— era mirada esencialmente como la historia de una falsificación, y de un fracaso, desde luego. Casi siempre había dos Chile, el del oligarquía y el del "pueblo", al que se le comprendía de manera más o menos extendida según el caso. Más todavía, este fracaso estaba íntimamente vinculado con una estructura internacional, de la que se desprendía forzosamente no sólo un cambio de orientación estratégica del país, sino que una alteración radical de su estructura interna, de sus valores políticos y económicos, y de su relación con la economía mundial.

La modernización pasó a constituirse en esta interpretación marxista como una posibilidad inherente a la historia, deseable e inevitable. La racionalización del mundo pasaba por el establecimiento de un orden que subrayaba el poder con-

centrado como un desprendimiento natural de la historia, absolutamente coincidente, por lo demás, con la voluntad racional y la emociones básicas de los grupos progresistas. Como se ve, esta visión era absolutamente eurocéntrica en sus perspectivas básicas, aunque hubiera apelaciones esporádicas y rituales a un indigenismo. Por cierto, ello no extraña en una sociedad que ha mirado siempre, como hecho natural a ella, su relación con el mundo moderno como parte de la cultura europea. El marxismo chileno en gran medida no fue (no ha dejado de ser) sino otra manifestación de esta realidad.

Esta subcultura política penetró vastos ámbitos de la sociedad. Pero, en conjunto, nunca dejó de ser una parte de su totalidad, aunque la más articulada como aspirante a definir esa totalidad. Ello desde luego porque representó en la arena nacional la más fuerte persuasión ideológica totalitaria, aunque esta última homogeneidad se cristalizó en la estela de la Revolución Cubana. Sin embargo, a pesar de constituir una minoría, ayudó a colocar la apreciación del orden social en la perspectiva de la alteración radical. Efectivamente, en los años 1960, casi anticipándose a los aires mundiales de época, el "cambio" pasó a constituirse en el talismán semántico que definía la orientación necesaria para la sociedad.

MODERNIZACION COMO CAMBIO

Por cierto, cambio y modernización son dos conceptos que se alimentan mutuamente. Pero ambos, que se mantendrían de alguna manera invariables a través de todos los "terremotos políticos" hasta la segunda mitad de los 1980, se articularían, como ya se ha señalado hasta el cansancio, en persuasiones con creciente hostilidad entre sí. La polarización de 1970/73, la misma elección de 1970 y la diferencia entre el lenguaje usado en la campaña y el inmediatamente antes o después de ella, mostraba una cierta incertidumbre acerca de la idea de "modernización". Todos sostenían promover lo que podríamos suponer una versión de este proceso. Incluso algunos sectores conservadores alineados en la candidatura Alessandri asimilaban

la modernización también a su modo radical alteración de ese "Estado de compromiso" en su funcionamiento económico. Ello se vio favorecido por una irritación exacerbada ante el estado de cosas, lo que tenía mucho de profecía autocumplida. El factor "subjetivo" en la crisis de 1973 es tan importante como la inevitable incapacidad de las políticas económicas de 1965/73 de dar satisfacción a la explosión de las expectativas.

Entonces, salvo el centro político —y allí plagado de ambigüedades e inseguridades—, la situación en 1970 era planteada como de decidido fracaso de modernización, aunque reconociendo algunos de sus momentos en la trayectoria 1932-73: la progresiva estatización y movilización, para unos; el orden institucional, para otros; la particularidad dentro del continente americano o la adhesión generalmente vaga a un círculo de cultura occidental; el descubrimiento progresivo por parte del "pueblo" de un modelo alternativo en otras sociedades. Los años 1970-73 pueden ser considerados como un tiempo de progresiva brutalización de la cultura cívica, pero todos los actores se movían en torno a una idea de modernización (bien entendido, con varios vocablos), que rechazaba a la vez algún contenido de la historia reciente (su remanente feudal, la progresiva pérdida de la autoridad).

La fuerte herida real y simbólica del 11 de septiembre de 1973 hizo surgir un cuadro en donde la modernización era asumida de manera radical por quienes se identificaban con uno u otro campo de la división nacional. Aquí no podemos entrar en los ricos matices. Lo que interesa es la gran paradoja que se produjo y que puso bajo una luz asombrosa la relación del "Chile moderno" con la era de las guerras mundiales y de la Guerra Fria.

Unos habían apurado el ritmo del cambio, confiando en que el salto sobre el abismo haría salir a luz las potencialidades "progresistas" inherentes al proceso histórico y resultaría en una ruptura definitiva con la versión "occidental" de la modernización, hablada como "capitalismo", "neocapitalismo", "dependencia". Llegaría lo verdaderamente moderno representado en el socialismo y en un sistema de Estados que ha demostrado que aquel no sólo es posible, sino también inevitable y, por

cierto, deseable. Para éstos, la ruptura radical del 11 de septiembre y todo lo que siguió no representaría, al comienzo, más que pura irracionalidad, el surgimiento de demonios ocultos que atrasaban brutalmente lo inevitable (y deseable). En estos momentos se reforzó la idea de lo que podríamos llamar los "dos Chile", aquél de la tradición progresista siempre creciente (excepto de quienes se aterrorizaron y regresaron al campo de la "burguesía"), y aquél de la defensa de la clase dominante en lo interno y de la "dependencia" en lo externo. La exacerbación de la "lucha de clases" llevaría al final a la "pequeña burguesía" a cooperar en una alianza estratégica con el sector progresista como un todo. Más al margen, el desarrollo de un ideal heroico-combatiente como manifestación de un rechazo implícito a lo moderno llegaría a una extrema violencia; pero no por casualidad esto sucedería cuando esta subcultura comenzara a tambalearse en cuanto tal.

ACELERACION Y LIMITES

El drástico cambio de timón de 1973 significó asimismo para otros una decidida elección de lo moderno y su "modernización"; pero también la afirmación "reaccionaria" de resistencia, al menos en su primera mitad, hasta principios de los años 1980, de algunas manifestaciones centrales del mundo moderno. Ciertamente es que el rechazo a lo moderno (o una de sus faces) constituye —como antes señalé— una característica adicional de lo moderno. Pero aquí me refiero a rechazo de ciertas "modernizaciones", las que eran vistas como antepasadas del quiebre institucional.

Para comenzar, mientras que la resistencia final y legitimación inmediata del 11 de septiembre había postulado una suerte de "restauración" o "recuperación" de la tradición democrática, implicando la vida política hasta 1970, las nuevas voces dirigentes comenzaron a criticar rápidamente el desarrollo chileno del último medio siglo. En la estela de una drástica transformación económica, se interpretó la nueva economía política a la luz de una visión crítica del desarrollo de la relación Estado-sociedad desde al menos el triunfo del

Frente Popular en 1938. Esto se puso en una semántica más tradicional, la del deslumbramiento por la consolidación portaliana del Estado en el siglo diecinueve, y la de la lectura heroica de la historia de ese siglo. La teoría de la decadencia, en torno a la cual no por casualidad se debatió tanto hacia 1980, fue aplicada a la historia del siglo veinte, ahora resaltada fundamentalmente por un sector, el que simpatizaba con el Gobierno Militar. Pero esta interpretación decadentista, que puede ser la defensa del mundo moderno y de las modernizaciones, se aparta de las segundas en la inclusión de la democracia como objeto de (a veces) devastadora crítica. Tras ella se encuentra un análisis de lo moderno en política como una fundamental amenaza. Si miramos al único paradigma aceptado por todas las versiones de este sector, la España de Franco, encontramos cómo el ataque a lo moderno constituyó una posibilidad de modernización en un régimen que tenía grandes probabilidades de desembocar en la transformación económica y social y la creación —no necesariamente por propia voluntad— de las condiciones de una reinvigorizada cultura política proclive a un estilo democrático.

La voluntad titánica de una modernización económica, que no pocas veces como en la voluntad totalitaria anterior orillaba una empresa nihilista, y la idea de que la política tendría automáticamente una nueva resolución, "moderna", pero más allá de los sistemas del mundo moderno, se combinaron en un vínculo efímero pero que terminó siendo el puntal de una nueva inauguración. Los dirigentes chilenos de esos años, tributarios de su propia versión de lo moderno, podían, sin embargo, a la vista del enorme aislamiento internacional, ser consecuentes con la insularidad chilena y manifestar que era ésta la que les daba la fuerza para efectuar el cambio necesario. Esto es más cierto en las Fuerzas Armadas, que —aunque revelen en su doctrina al funcionario moderno— junto a con la Iglesia son de las pocas instituciones en que el vínculo premoderno es parte de su autorrepresentación.

A esto se unió un cambio nacional e internacional sin precedentes: la reevaluación del desarrollo político de antes de 1970 por una amplia gama de

actores que se opusieron en diversa (pero generalmente amarga) intensidad al gobierno militar. El aprecio de los modelos políticos y de orden social salidos del mundo moderno, con sus paradigmas en Europa Occidental y Estados Unidos, se convertiría en la perspectiva central de la política y del orden social deseado, y un ancla de seguridad. Lo que era la "modernización" pasó a convertirse en un esqueleto de ideas bastante compartido, y desde luego su potencialidad pasó a ser mirada en las tendencias inherentes a la sociedad, y no en un paradigma que obligaba a un cambio. La paradoja de la historia de los últimos sesenta años se destaca si pensamos que la principal andanada semántica contra la candidatura de Jorge Alessandri en 1970 era que el país no podía encaminarse al siglo veintiuno eligiendo a un hombre nacido en el siglo diecinueve. Pero cuando el país efectivamente se encuentra ahora a las puertas del siglo veintiuno, los modelos de orden social preferidos se acercan (aunque no son idénticos ni mucho menos) más al de Alessandri que al de sus dos adversarios de entonces.

Más todavía, ha estallado una euforia de la "modernización", sólo resistida por el hasta ahora margen político, los sectores que se quedaron sin credibilidad con su propio proyecto de modernización. Con todo, la aceptación sin reparos a la modernización, que pasa por alto la crítica antimoderna propia a la modernidad, se inscribe en la convencionalidad a la que antes nos referimos. El Chile actual es así producto de una expresión de personalidad y de voluntad de la que los chilenos no se imaginaban (adicionalmente, con un pecado original y originante: el olvido de sus desvaríos es condición de su estabilidad y "prosperidad"). Pero también es producto de la sensibilidad a lo "nuevo" en sus ropajes de moda; y con ello cae rápidamente en la convencionalidad que reproduce e imita sin realmente apropiarse.

Las debilidades de la modernización aparecen de manera más nítida no en la gran política y en las grandes (o profundas) formulaciones acerca del orden social, sino en los recovecos de la conciencia colectiva y de las conductas privadas. No se trata de una "verdadera conciencia" frente a los espejismos de la "falsa conciencia", infraestructura *vis à*

vis superestructura. Más bien se trata de aquellos intimidades no siempre perceptibles al historiador (aunque sí a los críticos de genio, como Joaquín Edwards Bello o Lukas), pero que fundan la posibilidad de que la sociedad constituya no solamente un "sistema", sino también una civilización. La indiferencia de los chilenos hacia lo público ha sido uno de los grandes obstáculos a la constitución en lo cultural de una sociedad civil: los deberes privados no son mirados como deberes públicos, salvo como imposición o como falsa caridad. En realidad, la pasmosa disonancia entre derechos y deberes en la educación no alcanza a ser olvidada por la rutilante charlatanería acerca de los "proyectos". La ola de violencia que nos aqueja no es resultado ni de una mera cuestión policial, ni—más atrás—de la violencia política y moral de los años 1970 (de hecho, hay un punto de inflexión con la crisis de 1982), sino que podría ser interpretada como el producto de una marcada indiferencia por lo público. No por casualidad, entonces, algunos ponen el acento en la "crisis moral". No sólo porque la corrupción se levanta ahora más nítidamente como el gran peligro de nuestro tiempo, sino porque es en las fibras donde arranca el impulso que finalmente dicta el grado de civilización (y de adaptación) que la sociedad mostrará en su circunstancia. Ello siempre y cuando el tema "moral" no se transforme —como también sucede mucho por estos lares— en enmascaramiento para referirse a otros temas y constituya un instrumento de poder, es decir, cuando deviene en mera ideología.

Más que habladuría del posmodernismo, en la cuestión actual existe una intensificación de lo moderno en su faz de apropiación y utilización. No es ajeno a esto la sensación de que los fosos generacionales parecen ser más profundos que otrora. La condensación del tiempo histórico en tensiones siempre nuevas lleva a su corolario, la combinación de cambio incesante con inamovilidad de las figuras e ideas. Esto hace arenoso el suelo sobre el que se levanta con entusiasmo el edificio de la modernización en el Chile de nuestro tiempo. Su lógica ha sido aceptada con sospechoso brío por quienes se opusieron a ella por largas décadas. Sus propulsores iniciales miran para otro lado cuando se habla del precio y de los límites.

Con todo, esto no debe empañar nuestra vista hacia lo que se ha superado, y el mejor remedio para ello es volver la mirada hacia un par de décadas atrás, a comienzos de los años 1970, cuando el país se encaminaba a su escisión y a un drástico cambio de rumbo. El camino escogido de modernización, por esa inexplicable combinación de provincianismo y cosmopolitismo antes aludida, en vez de ser una de las alternativas modernas a lo moderno, consistió en el que ahora se ve como el más exitoso de los sistemas posibles. Mientras está percepción se conserve, esta modernización puede encontrar su impulso.